

CAPITULO XXII.

LAS HERMANA DE LA CARIDAD.

Bellísima es aquella religion que del sexo más débil y delicado hace nacer la más heroica abnegacion. ¿Quién no admira á esas pobres hermanas de la Caridad, prodigando con aquella dulzura angélica que las caracteriza, todos los cuidados que reclama la humanidad doliente? ¿Quién? Ah! solo el que no conoce ni es capaz de sentir los sufrimientos de sus semejantes! No hay miseria que no conozcan y lo que admira más todavía es que encuentran y conocen el remedio de todas y cada una de ellas.

Existen hoy en nuestra patria solamente (1) cuatro mil hijas de San Vicente de Paul. Su número se aumenta en proporcion de los pobres y de los enfermos que se aglomeran más y más en nuestras poblaciones y en las capitales. La ciencia económica de nuestros filántropos se confiesa impotente para hacer frente á esta llaga siempre creciente del pauperismo. Nuestras Hermanas de la Caridad se multiplican para curarlas. Téngase presente tambien, que la mayor parte de estas Hermanas pertenecen á las más opulentas familias. Así, ellas renuncian á un risueño porvenir, á una brillante fortuna, á tiernas y legítimas afecciones, y todo no más por ir á pasar la primavera de su vida á la cabecera de un enfermo, para restañar y curar heridas repugnantes, y no recibir, despues de tantos sacrificios, más que desprecios é ingratitudes. Ellas se sepultan vivas en aquellas guaridas y sótanos fétidos residencias del dolor y de la enfermedad lúgubres vestíbulos de la muerte.

El Oriente y el Occidente, agobiados bajo el peso de sus miserias, piden á la Francia, y á las

(1) Recuérdese que el autor es frances y que consultó la estadística religiosa del año de 1842.

naciones que las tienen, estos ángeles de caridad. En Argel, en Constantinopla, en Smirna, en Constantina, en fin, en todas partes, estas dignas hijas de San Vicente de Paul, han dado pruebas de un celo y abnegacion á toda prueba. Los mismos enemigos de la cruz hacen justicia á tanto sacrificio y á tanta virtud. Están confundidos ante semejantes obras.

Y ¿quién sostiene á estos ángeles de paz, á estas almas escogidas en medio de tan rudas tareas, y de tan incesantes trabajos? ¿Quién les dá el valor y la fuerza para bendecir á quien las maldice, para perdonar á quien las injuria, para amar á quien las desprecia? ¿Quién? El Sacerdote católico. Arrebatadles á su piedad la palabra de Dios, los santos misterios, las prácticas religiosas, los santos Sacramentos, los consejos, los consuelos, los socorros espirituales que ellas reciben del Sacerdote católico, y las vereis perecer inevitablemente. Qué ciegos son pues los enemigos del Sacerdote, porque siéndolo de él, lo vienen á ser tambien de sus semejantes; no comprenden que si el Sacerdote católico se extinguiera, se veria extinguido con él todo lo que consuela y sostiene más eficazmente á la humanidad doliente.

CAPITULO XXIII.

LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS.

Esos hombres que recorren nuestras calles, silenciosos y modestos con un largo manto negro, ¿quiénes son? ¿qué ministerio ejercen? El malo los menosprecia: su nombre es objeto de ironía. *¡Los hermanos de las escuelas cristianas!* ¿Quién de nuestros presuntuosos filósofos, al verles, ú oírles nombrar, no se rió con desprecio y mueve la cabeza con desden? ¡Mundo ingrato! Sábeta, si no lo has advertido, que para la juventud retozona, que para los niños tan volubles, no hay mejores maestros, porque no los

han tenido ni más religiosos, ni más desinteresados. Estos hombres tan útiles, tan necesarios en razon de su propia modestia, han salido de la caridad del Sacerdote católico; y hé aquí un título inmenso de reconocimiento de que les es deudora la sociedad; porque si en otras penosas circunstancias de la vida, el Sacerdote católico por su ministerio, atiende y se encarga de las miserias físicas y morales de la humanidad, con esta institucion las previene, las sofoca en su nacimiento. ¿Cuántos obreros honrados no se han formado por las manos y cuidados de estos buenos hermanos? ¿Cuántos padres de familia no deben su felicidad y tranquilidad á los principios de virtud que han sacado de sus escuelas? ¿Cuántos ancianos no recuerdan con placer las primeras nociones de Dios que recibieron de ellos? Yo lo digo por mí con gran satisfaccion de mi corazon conservo en la memoria los dias de mi primera infancia que con ellos pasé, recibiendo de ellos mismos la instruccion. Un precioso recuerdo quedará siempre en mi corazon para que nutra mi reconocimiento sin límites hácia tan heroicos preceptores.

Felicito á mi país y á los que lo gobiernan porque han sabido apreciar el fin de esta institucion, y el talento de esos hombres para la edu-

cacion primaria de la juventud; ella es el resultado de las necesidades del siglo; ella se eleva á la altura de época, y puede decirse que actualmente nada le falta para sostenerse en la posicion que ella misma se ha formado. Hace poco que aún el ministerio de instruccion pública hizo un gran elogio de la misma; consignemos este acto de justicia á M. Villemain.

Despues de tantos combates y humillaciones ella se ha conquistado el respecto y la estimacion de la sociedad; ella ha triunfado de todos los obstáculos; y como el Sacerdote católico, de quien es la hija muy amada, ha tenido más fuerza que la mala voluntad de los hombres. Si otros combates la aguardan, que no se desaliente, porque así como á su Padre, hay una fuerza poderosa que la sostiene.

¿No es el pan cotidiano de todos los bienhechores de la humanidad el ser atacados ó desconocidos? Y aún el mismo fundador, ¿se exceptuó de esta ley? El modesto y virtuoso Abate Lasalle ha vivido perseguido y calumniado: ha visto su instituto disperso y casi extinguido; ha sido abandonado por sus maestros; él, injuriado y golpeado por el pueblo, para quien se habia consagrado con tanta abnegacion; él fué obligado por los magistrados á cerrar sus escuelas; él

fué censurado por su Obispo que le retiró sus poderes, muriendo en el desaliento y en la amargura, sostenido solo por su resignacion y su piedad, juzgando quizá en sus últimos momentos haber sido el juguete de una ilusion por querer llevar adelante su obra en la que ocupó toda su obra toda su vida y la que vió extinguirse junta con él. Pero ved aquel instituto tan débil al principio, tantas veces en vísperas de su ruina, cómo cubre el mundo entero con sus escuelas, y cómo abre y comunica los raudales de la educacion cristiana á más de un millon de niños, solo en Francia. (1) Ved cómo hoy, aún Roma misma tributa al Sacerdote proscri-to los honores de la beatificacion. Silencio á nuestras inquietas agitaciones. En este campo inmenso en que cada uno (de nosotros, Sacerdotes católicos, hemos recibido una porcion para cultivarlo, abramos con valor el surco que en suerte nos haya tocado, y despues de haber depositado en él la semilla rociada con nuestros sudores, confiemos en la Providencia para que los rayos de su sol los hagan brotar, crecer y

(1) ¡Qué diferencia de lo que pasa hoy en la patria de San Luis en los tiempos en que escribía el autor!

madurar á su tiempo. Los añosos y cupudos árboles, lo vienen á ser con el tiempo; y el pobre labrador que siembra la bellota, sabe muy bien que no será él quién se sombrie bajo aquella copuda encina.